

CAPITULO XXXIX.

Continuacion del anterior.--Siguen los disgustos por la décima.--Inflexibilidad del duque de Alba.--Mendigos marítimos.--Toman el puerto de Brille.--Insurreccion de Zelanda y Holanda.--Entrada de Luis de Nassau en Mons.--Marcha al sitio de esta plaza don Federico de Toledo.--Derrota de un cuerpo auxiliar francés.--Segunda entrada en los Países-Bajos del príncipe de Orange.--Toma varias plazas del Brabante.--No puede hacer levantar el sitio de Mons.--Se retira á Holanda.--Entra en Mons el duque de Alba.--Van los españoles á las provincias del Norte.--Toma y saco de Zutphen --Incendio de Naardem.--Obstinada defensa de Harlem.--Toma de esta plaza.--Toma don Luis de Requesens el mando de los Países-Bajos.--Vuelve á España el duque de Alba.--Es bien recibido del rey.--Sale desterrado á Uceda. (1).

1570—1575.

ESTABA el duque de Alba sumamente descontento de su espinoso cargo, y deseaba restituirse cuanto mas antes á la corte, donde sabia que sus enemigos trabajaban tanto en su descrédito. Se dice que el rey mismo no estaba satisfecho de su administracion, y que habian ofendido mucho el fausto y arrogancia desplegados por el duque en la celebracion de su triunfo sobre los de Nassau, y en la ceremonia de la publicacion del decreto de indulgencia. Se llegó á nombrarle un sucesor, que fué el duque de Medinaceli; mas éste no gustó del mando en Flandes por entonces, y el duque tuvo que permanecer á pesar suyo en un puesto donde era tan aborrecido.

Seguia el asunto desagradable de las nuevas contribuciones, sin que alojase el duque de Alba en la perentoria dureza con que exigia los pedidos, ni los estados y el pueblo todo en la resistencia á concederlos. Hubo con este motivo serias turbulencias en varias poblaciones. En Bruselas mismo se cerraron muchas tiendas de comerciantes, de artesanos, hasta de carniceros y panade-

(1) Las mismas autoridades.

ros y otros necesarios á la diaria subsistencia. Irritado el duque de este desacato cometido en la capital, y hasta delante de sus mismos ojos, mandó ahorcar á diez que le parecieron mas culpables; pero cuando iban los verdugos á desempeñar su cometido, llegó á los oídos del gobernador general la noticia de mas serias turbulencias.

Hasta entonces habian sido los Países-Bajos teatro de una guerra provocada por los grandes proscriptos que los habian invadido á mano armada. Por muchas que fuesen las simpatías con que los mirase la generalidad del pais, no se puede decir que el pais estaba alzado. Lo que no habian hecho hasta entonces ni los rigores del duque de Alba, ni la sangre derramada por el famoso tribunal, ni la presencia del príncipe de Orange y de su hermano, fué producido por el tributo de la décima. En materias políticas no todos tienen igual grado de interés; ni las ventajas en caso de victoria, ni los castigos en el de vencimiento, pueden alcanzar á todo el mundo. Mas cuando se trata de contribuciones, todos sienten mas ó menos su gravamen, los pequeños igualmente que los grandes. Las impuestas y exigidas en tono tan absoluto por el duque de Alba, no pudieron menos de consumir el descontento del pais, y hacer mas efecto que las disensiones políticas y religiosas que habian preparado tantas turbulencias. Lo que hasta entonces habian dado los Países-Bajos, era mas un simple donativo que un tributo; cada pais contribuia mas ó menos, segun la determinacion de sus estados peculiares, que obraban de un modo independiente. Todos los señores habian sido muy parcos en exigencias de esta clase, y el mismo Carlos V, tan despotico en todo, habia respetado en esta parte los usos é inmunidades de los pueblos. Los pedidos del duque de Alba tenian todos los caracteres de odiosidad que podian ofender á los habitantes de los Países-Bajos. Era un jefe extranjero, instrumento de opresion y servidumbre, que pedia impuestos con el objeto de dar consistencia á un orden de cosas tan impopular y tan odioso. No solo

mostraban descontento por estas exacciones las clases populares, sino los mismos estados, y hasta las personas que se mostraban interesadas por la consolidacion del poder del rey de España. De varias partes se hicieron al duque fuertes representaciones pidiendo el pago de una contribucion alzada con preferencia á la de la décima; mas fueron todos estos ruegos desestimados por el duque, tanto mas obstinado, quanto que atribuia á una sublevacion disfrazada esta resistencia por parte de los pueblos. Algunas ciudades se negaron, y entre ellas la de Utrecht, que ya se habia distinguido en otro tiempo por su adhesion á la causa protestante, hasta el punto de ceder uno de sus templos á los prosélitos del culto nuevo. Expió esta ciudad sus culpas pasadas, juntamente con las nuevas, sufriendo poco menos que los horrores de un sitio, y al fin una contribucion mucho mas gravosa que la que habia resistido. Otros pueblos fueron igualmente objetos del rigor del duque de Alba, resuelto á seguir adelante con sus resoluciones. No es de admirar, pues, que prescindiendo de los daños y perjuicios de los intereses propios, contribuyese esto á mantener vivo el fuego de la sedicion, que el gobernador general juzgaba ya extinguido para siempre. Que el príncipe de Orange se aprovechase habilmente de esta nueva medida de rigor del de Alba, parece natural, pues era su interés explotar quanto contribuyese á hacer en Flandes odioso al rey de España. El que habia sabido sacar tanto fruto de todas las faltas y rigores de este gobierno, de la ereccion de los nuevos obispados, de la dureza del cardenal Granvella, del establecimiento de la inquisicion, del suplicio de los condes de Egmont y de Horn, en fin, de todas las crueldades y violencias sanguinarias á que se habia propasado el duque de Alba, debió de aprovecharse de este impuesto de la décima. Aunque retirado en Alemania, conservaba estrechas relaciones con todos sus partidarios de los Países-Bajos, sobre todo con los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda, donde era mucho

mayor el número de sus adictos. Como aquellos pueblos son tan diestros y prácticos en la navegacion, trató de organizar una insurreccion marítima, que no podia menos de ejercer una gran preponderancia. A los Mendigos silvestres, de que ya hemos hablado, sucedieron otros con el nombre de marítimos ó acuátiles, y cuya mayor parte se componia de proscriptos. Hacian por mar excursiones parecidas y con el mismo objeto que las de los terrestres. Recorrian en corso las costas de los Países-Bajos, desde la embocadura del rio Ems hasta el canal de Inglaterra, haciendo presas en todo lo que podia pertenecer al rey de España. Habiendo aumentado su número, creció su osadía, y se apoderaron en 1572 del puerto de Brille, á las órdenes de Guillermo Lumey, conde de la Marca, teniendo por compañeros á Guillermo Blosio, Treslong, un tal Antelot, bastardo de Brederode, y otros. Allí alzaron el estandarte de la rebelion contra el gobierno del rey, y proclamaron la religion protestante, señalando este celo religioso con todo género de desacatos y de excesos en los templos católicos, como lo tenian de costumbre.

Se debe considerar la ocupacion de Brille como el principio de una nueva época en la historia del pais, como la verdadera cuna de la con el tiempo tan famosa república de Holanda. Se hicieron los sublevados fuertes en la plaza, y no solo resistieron la embestida de Bossut, gobernador á la sazón de la provincia de Holanda, quien trató de sofocar la rebelion en su mismo nacimiento, sino que á su vista le quemaron algunas de sus naves que estaban separadas de las otras. Que este movimiento tenia ramificaciones en casi todos los pueblos de la Flandes, y sobre todo de la Holanda, aparece claro por el cambio que produjo en los ánimos de todo el pais, donde fué celebrado con entusiasmo, alimentando nuevas esperanzas de sacudir para siempre el yugo de los españoles. Llevaban los sublevados pintadas en sus banderas diez monedas, haciendo alusion al tributo de la décima, y

sin rebozo se reconocian hechuras del príncipe de Orange, á quien pagaban la cuarta parte de lo que sus presas producian. No fué Brille el único pueblo que cerró sus puertas al conde de Bossut. Imitó su ejemplo el de Dordrech, adonde trató de trasladar el conde sus tropas, con objeto de darles algunos dias de descanso. Pasó despues de este desaire á Rotterdam; mas aunque esta plaza trató de hacer alguna resistencia, abrió al fin sus puertas, aunque con mucha precaucion, permitiendo solo entrar una por una las compañías que seguian al conde. Mas apenas estuvieron dentro, ó porque quisiesen castigar la desconfianza de los habitantes, ó por desahogar la irritacion de los pasados descalabros, entregaron á saco la ciudad, y pasaron á cuchillo á mas de trescientos de sus moradores. Dió nuevo pábulo aquella atrocidad al fuego de la insurreccion, que ya cundia en aquellas provincias marítimas, donde era de tan antiguo odioso el yugo de los españoles. Se alzó Flesinga, puerto importante de Zelanda, donde por las exhortaciones del párroco, hallándose en el púlpito, se expulsaron á los españoles que la guarnecian, llegando hasta á colgar al gobernador Alvaro de Pacheco, que pasaba por pariente del duque de Alba, en venganza de que éste habia mandado degollar á un hermano de Treslong, uno de los principales caudillos del pronunciamiento. Coronaron los de Flesinga su insurreccion demoliendo el castillo ó ciudadela que se acababa de construir por disposicion del duque de Alba.

Siguieron el ejemplo de Flesinga todos los pueblos principales de la provincia de Zelanda, á excepcion de la plaza de Middelburgo, capital de la isla de este nombre. Pasó á sitiarla el conde de Tserat con un cuerpo de los sublevados. Pero el duque de Alba envió en su socorro á Sancho de Avila con mil hombres, que se embarcaron en Berg-op-zoom, y cayeron tan á tiempo sobre los sitiadores cogidos de sorpresa, que los mataron casi todos. En seguida pusieron sitio los zelandeses á la plaza de Tergoes, en la isla de Sur-Bebeland, con objeto de pasar

despues de su conquista á la de Middelburgo. Partieron en su socorro los capitanes españoles Sancho de Avila y Cristóbal de Mondragon; mas no pudieron llegar por la superioridad de los buques enemigos, que ya sobre aviso, acudieron á interceptarles el camino. Constantes sin embargo en su proyecto los capitanes españoles, recurrieron al expediente de hacer la expedicion á pié, aguardando para ello la marea baja. Con el auxilio de un práctico que les enseñó y guió por un vado poco peligroso, se pusieron en marcha las tropas, desnudas de medio cuerpo abajo, llevando en lo alto de las picas saquillos con pan y pólvora. Así llegaron con harta exposicion y trabajo al campo de los sitiadores, que pusieron en derrota.

A la insurreccion de Zelanda siguió la de la Holanda; de modo que con la celeridad del rayo, casi las dos provincias, á excepcion de Amsterdam y Middelburgo, sacudieron el yugo de los españoles.

Se pusieron todos estos pueblos sublevados bajo la proteccion, y reconocieron las autoridades del príncipe de Orange, formando una especie de república confederada, y echando así los cimientos de un nuevo estado, que llegó con el tiempo á ser tan célebre. Trató el príncipe de hacerlos prontamente con armas, municiones y navios, distribuyéndoles las rentas eclesiásticas. Inteligentes y prácticos en la navegacion, en el comercio y en todo género de industria, aumentaron poco á poco sus fuerzas y poder, de modo que al cabo de cuatro meses habian formado en Flesinga una escuadra de ciento cincuenta buques, con que hicieron correrías en puertos de la parcialidad de España, tomando sus embarcaciones.

No se redujo la rebelion á las provincias de Holanda. Habia pasado á Francia, despues de la primera retirada del príncipe de Orange de los Países-Bajos, su hermano Luis, conde de Nassau, que á sus cualidades militares reunia las de hábil y activo negociador, sin desconocer las artes de la intriga. Se estrechó el conde con los calvinistas franceses, de quienes esperaba auxilios poderosos.

sos: y tan identificado se mostraba por su causa, que se halló en sus filas como simple aventurero en la batalla de Montoncourt, donde fueron derrotados. Desmayaron con esto sus esperanzas, mas pronto se reanimaron: primero, por la paz de San German, que fué tan ventajosa para los calvinistas franceses, y después por la apariencia de favor de que gozaban en la corte del rey de Francia, según veremos á su debido tiempo. Continuó el conde Luis en Francia en sus estrechas relaciones con el partido calvinista, llegando á tal punto con ellos su privanza, que hizo parte del número de los comisionados que enviaron en mensaje á Carlos IX en una importante negociacion que con él tenia entablada. Utilizó el de Nassau este favor, logrando que le confiaran un cuerpo de su nacion, al frente del cual se puso en marcha para los Países-Bajos, y se apoderó por sorpresa de la plaza de Mons, ventaja para él tanto mas apreciable, quanto este auxilio de tropas francesas confirmaba en cierto modo los temores que se habian concebido de la guerra que iba á estallar entre el rey de Francia y el católico.

No se mostraba favorable la fortuna al duque de Alba. Estaba encendido el fuego de la rebelion en el Mediodía y en el Norte, y lo que mas podia aumentar sus aprensiones era la especie de favor de que gozaban los calvinistas franceses con el rey de Francia. Llamado el gobernador español por dos objetos tan distantes á la vez, deliberó en su consejo sobre cuál debia merecer la preferencia. Opinaron algunos, y entre ellos el maestre de campo general Chapino Vitelli, porque se trasladase á las provincias del Norte, donde la hostilidad se mostraba con tantos síntomas de encarnizamiento. Le hicieron ver lo difícil que seria reducirlos á la obediencia del rey si se les dejaba tiempo para organizar la guerra y aprovecharse hábilmente de las ventajas del pais, cortado por tantos canales donde eran fáciles las inundaciones. Mas el duque de Alba, dando sin duda mas importancia de la que en sí tenia á la invasión del conde Luis, y

preocupado sin duda con la próxima ruptura entre Francia y España, se decidió como punto preferente por la expugnacion de Mons, y envió con este objeto á su hijo don Federico con el maestre general del campo, mientras él se hallaba pronto á seguirlos después de algunos dias. Asentó don Federico sus reales en el paraje que creyó mas oportuno, y echó á los enemigos del monasterio de la Espina, que, como punto fuerte, habian guarnecido con un crecido número de tropas. Mientras tanto se hallaba en marcha con direccion á Mons un nuevo cuerpo de franceses que enviaba Coligny á las órdenes del señor de Genlis, hermano de otro de este nombre que habia muerto en un campo de batalla. No queria el conde de Nassau que el de Genlis viniese solo, y si que se reuniese con el príncipe de Orange, que se preparaba á entrar por los Países-Bajos; mas, ambicioso el francés de la gloria de salvar por sí solo á Mons, pasó adelante sin aguardar al príncipe, y proporcionó á don Federico una victoria decisiva, en que murieron mil doscientos hombres franceses, habiendo perdido los españoles solo treinta. Quedaron de los enemigos seiscientos prisioneros, entre los que se contó el mismo general en jefe. De estos fueron muchos ahorcados en las plazas vecinas, y otros que andaban fugitivos por los campos cayeron en manos de los paisanos, que ejercieron con ellos todo género de crueldades.

Llegaba mientras tanto á las fronteras de Flandes el príncipe de Orange, ansioso de reparar el desaire sufrido anteriormente, alentado ademas con el buen semblante que en el Norte del pais sus asuntos presentaban. Venia á la cabeza de seis mil caballos y once mil infantes. Pasó el Mosa á principios de junio de 1572. Tomó de viva fuerza á Ruemunda y penetró por el Brabante, con intento de marchar al socorro de su hermano. Acometió en el camino á Lobayna, cuya plaza se libertó del saqueo por diez y seis mil escudos de oro. Entró en seguida de grado ó por fuerza en Malinas, Nivelles, Diest, Lichen,